

Poemas

Salvador Alanís

El baile

Quise encontrarte con la sencillez del lino;
cubrir mi cabeza con tu boca que dura
la eternidad de una sonrisa o su recuerdo,
y así comencé a bailar
cadencioso por las aceras mojadas
con una mano en alto y otra en la cintura,
deseoso de encontrarte complemento del baile.
Cerraba los ojos imaginando el son y
tu consonancia. Se encendían las luces
de los edificios y nos vigilaban.
Desde un tiempo acá en las azoteas
se oyen zarabandas y por los jardines
se sientan turistas a verme salir de mi casa
con ojos cerrados, una mano abierta
y otra mano en la cintura que me bebo por los aires.

Para una catedral sumergida

para Cora

Las ventanas arrojan galones de agua.
Los balcones procuran el riego de los transeúntes
despiden los jugos de las habitaciones,
hablan desflemados con la lluvia,
las macetas y lavándulas.

Alguien no conforme,
lanza por los aires las cubetas,
abre los grifos,
corre enloquecido con el agua a las rodillas
mientras lo mire la multitud empapada
que recuerda el salitre y la cal con nostalgia.

De las azoteas se derrama el chubasco.
Las calles deslavadas
se aprietan en las coladeras,
las ratas enloquecidas nadan,
algún necio busca entre los lodos
el retrato de su madre.

Que caiga el agua,
que se limpien los picaportes,
que los hombres descansen con la boca abierta
bajo las casacadas;
miren a ese hombre que nada fingiéndose el muerto.

Las ventanas revientan en vidrios,
no importa,
las paredes se desvisten de pintura.
Mejor sentir la cabeza fría,
la inundación irremediable del pueblo,
del campo,
del tiempo
y tomar con calma una ducha,
que esto no se acaba,
ni empieza,
ni nunca.

Aquí mirando la calle

Cucharas que caen tras los trozos de cristal y ventana,
algunos utensilios viejos y coladeras,
placas enteras de ollín y cochambre,
canastas de mimbre con pan y migajas
de cena el viernes. Quisimos correr,
invisibles ratones, elásticos muertos de miedo
o de júbilo, cansados de la libertad en nuestra celda.
Circunscribimos patas de escritorio y mesa de centro
a gatas perseguidos. En nuestros ojos mordemos
rodillas;
fingimos no reconocer el grito de nuestros
perseguidores
sólo vemos rodillas, insisto; no hay caras,
sólo oímos censura a nuestras correrías;
cual es tu nombre y cuántos años tienes,
háblame párroco, píntate la lengua de rojo escarlata.
Y en nuestra huida desaforada se oye el agua que cae,
la razón de creer que bebemos cielos y olimpos
nuestra boca abierta hacia un chillido
que pudo detonar o pudo ser un sueño más
o pudo ser un alcatraz arrancado del limbo al que
perteneceemos,
porque nuestra perversión es pura
nuestra falta de inocencia que dejamos tan atrás como
podemos,
el interés de llevarnos a la boca las monedas,
de lamer los pisos con sabor a fragmento,

de extender la luz de un cerillo
o el calor de los monitores recién apagados.
Corremos balanceando nuestro peso de una pierna a la otra
pensamos en los albatros
o en los círculos en la cabeza de nuestro padre.
Hace calor bajo las sillas y en la llanura
se comunican los zorros con las gallinas.
Cucharas llenas de infusiones verdes
que siguen su viaje a terrazas ajenas;
cazuelas de barro que alguien olvidó,
bufandas. Afanados corriendo rompemos cristales,
lanzamos cajas de avena
(pudiéramos lanzar cubiertos, mas nos reservamos).
Tratamos de salvar, como los héroes que emulamos,
nuestras pocas cosas que brincan hacia la libertad,
hacia el aire entre la casa y el planeta
hacia los hoyos negros; alegrémonos,
lancemos todo hacia donde no vemos,
subidos de puntas en un banco
mirando a la calle
esperando el grito de qué es lo que haces,
los hombres de acción viajan en cacerolas
y yo también madre, y yo también.